



Tra(d)iciones

Treasons (Traditions)

Entrevista a Miguel Valderrama* por Raúl Rodríguez Freire**
miguelvalderramac@hotmail.com, rodriguezfreire@gmail.com

DOI: 10.5281/zenodo.178858

Raúl Rodríguez Freire: *Traiciones de Walter Benjamin*. Apropiado comenzar por el título, pero lo dejaremos para el final, pues daremos inicio a esta entrevista, si te parece, por el cierre, para luego ir avanzando hasta llegar a esa pequeña pero significativa ‘Advertencia’ con que se abre *Traiciones*, con que se presenta o da a conocer *Traiciones*, pues también está, traicioneramente, en la contratapa, atrapando al lector, provocándolo, a pesar de anunciar que se está alejado de ello, pues la provocación, creo, lo atraviesa. Bueno, en el último capítulo, titulado ‘*Sincategoremas*’, dos términos parecen estar, en América Latina, inextricablemente reunidos: melancolía y traducción, sol negro que se inscribe en “la errancia de una experiencia llamada [nominada, podríamos agregar] latinoamericana” (99). Me gustaría entonces que te playearas sobre esta relación ‘local’, si se quiere, relación de un trabajo a partir de “una lengua que nunca se tuvo, y por la que se lleva permanente luto” (100) y su diferencia con aquellos, si es que existen aquellos, que sí la han tenido o que han podido, por lo menos, ejercer su luto.

* Miguel Valderrama es historiador. Desde su fundación integra el equipo editorial de la revista *Papel máquina*. Entre sus publicaciones, se encuentran *Posthistoria* (2005), *Heródoto y lo insepulto* (2006), *Modernismos historiográficos* (2008), *La aparición paulatina de la desaparición en el arte* (2009), *Heterocriptas* (2010) y *Traiciones de Walter Benjamin* (2015). Está por aparecer su último libro *Coloquio sobre Gramsci*. Es además editor de *¿Qué es lo contemporáneo? Actualidad, tiempo histórico, utopías del presente* (2012) y de *Patricio Marchant: prestados nombres* (2013). Por último, junto a Oscar Ariel Cabezas es coautor del libro de conversaciones *Consignas* (2014). Valderrama es sin lugar a dudas uno de los principales intelectuales de eso que llamamos actualidad. Desde hace más de diez años viene desarrollando un trabajo sostenido en torno a hacer inteligible un presente signado por la catástrofe. Esta entrevista tiene como excusa su último libro, donde filosofía, traducción e incluso ficción se entretejen como hebras de un tejido que Valderrama viene urdiendo con paciencia y lucidez, y a contrapelo de la producción académica contemporánea, dominada por formatos que cercenan al pensamiento.

** Académico del Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

Miguel Valderrama: ¿Cómo salir de la traducción, cómo abandonar esa tarea que la propia lengua impone al pensamiento? Llevar luto por la traducción, aprehender su trabajo como un trabajo de duelo imposible, conlleva necesariamente advertir en la traducción un malestar en la lengua propia y del otro. Ese malestar en la traducción obliga a cuestionar en primer lugar las distinciones topográficas del acá y del allá, de lo propio y lo extranjero, del centro y la periferia, de lo local y lo global. El mismo nombre de América Latina ya parece introducir todos estos problemas que la lengua viene a puntuar en traducción. Al menos, su historia, la genealogía que dicta su inscripción, no parece posible de contar sin una cierta ficción de origen, sin la ruina de una prótesis, de un préstamo, de un artificio, que no sólo parece dar crédito al nombre mismo de América Latina, sino que parece comprometer, a su vez, la propia lengua que busca nombrarlo, que lo reclama naturalmente como propio. En este sentido, y como bien adviertes, el capítulo ‘*Sincategoremas*’ busca identificar no solo una determinada experiencia de la temporalidad de raíz defectiva, experiencia marcada por la no independencia de la significación como significación, sino que busca aprehender, además, en esa misma experiencia de la temporalidad, el síntoma de un determinado malestar en la lengua que se revela al mismo tiempo como malestar en la historia. El apocalipsis de esta revelación, es así un apocalipsis de la lengua y la historia, retorno o reversión de la lengua y la historia. La lectura del conjunto de estos problemas avanza en el capítulo a partir y a través de un diferendo traductivo. Diferendo en torno a la traducción de un texto temprano de Benjamin, *Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres*. Traducción que enfrenta las versiones de Héctor Murena y Pablo Oyarzun, que las enfrenta y confronta a partir de un pasaje, de una palabra, de un determinado uso y traslación de un prefijo asociado a ella. Se podría decir que toda la operación de lectura gira sobre la palabra alemana *Überbenennung*, y sobre la preeminencia de los prefijos *sobre-* y *super-* con que los traductores buscan aprehenderla según una historia que se sitúa a la vez fuera y dentro de la traducción. Esta operación de lectura retoma o remarca la operación mayor de lectura que organiza todo el libro, y que no es otra que la de volver una y otra vez sobre los modos en que los traductores y comentaristas traducen las palabras *Überleben* y *Fortleben*, palabras que dominan acaso el párrafo más difícil de *La tarea del traductor*. En el juego de estratagemas de traducción y comentarios a que los vocablos

alemanes dan lugar, las palabras castellanas supervivencia y sobrevivencia cumplen un rol principal.

R.R.F.: A propósito de la ficción de origen, y en particular de la idea de ficción, considerando a este un ‘acto de habla’, y por lo tanto, un enunciado performativo (más allá de Austin, por supuesto...) ¿vez alguna relación entre traducción y ficción? La pregunta surge precisamente a partir de los prefijos que intentan, cada uno a su manera, encargarse de una cierta relación con la ‘vida’.

M.V.: El acento en los prefijos busca elucidar una determinación histórica y lingüística que subyace a la propia tarea del traductor. Determinación que pasa necesariamente por la lengua, por cierto pensamiento de la lengua, y por la relación de colonialidad propia de culturas traductivas como la latinoamericana. En este sentido, el malestar en la lengua ‘materna’ es indicativo de una relación de colonialidad que debe ser interrogada una y otra vez. Hay, por supuesto, en ese malestar el despunte de formas de resistencia monolingües a la lógica monolingüista que busca imponerse en toda relación de colonialidad. Esas formas de resistencia pueden llevar al repudio de la propia lengua o a abrazar como lo más preciado la lengua del otro. En ambos casos, la relación de colonialidad da lugar a sociedades silenciadas. Dando un giro hiperbólico a la clásica expresión que Gayatri Spivak popularizara en los años ochenta, cabría preguntarse si acaso el sujeto colonizado tiene una lengua. Sin duda, las relaciones de subalternidad y colonialidad no sólo hacen visible la cuestión del lugar de enunciación, de aquello que Spivak denomina la ‘autoridad enunciativa’, sino que permiten visibilizar la cuestión de la lengua, de su ficción como lengua propia.

R.R.F.: ‘Heidegger’, capítulo articulador de la relación entre filosofía y traducción, capítulo problematizador de la escena filosófica en Chile. A partir de dos anécdotas, una dedicada a la trastienda de Heidegger y el nazismo, de Víctor Farías, relatada por Pablo Oyarzun, y otra a las exigencias técnicas que determinaron la publicación de *Sein und Zeit*, contada por Patricio Marchant, se da cuenta de o se nombra lo que has caracterizado como un malentendido, y te cito, el malentendido “de la propia historia de la filosofía en Chile, de una historia cuyo único destino es la traducción” (80). De

alguna manera, nos encontramos aquí, quizá, y por aquí mismo va la pregunta, acercándonos al problema planteado ya en la pregunta anterior, la emergencia de ‘cierta’ condición ‘local’ de hacer filosofía, con nombres propios, traducciones y traiciones. Posible/imposible condición ‘traductiva’ latinoamericana de cuya comprensión normativa te sustraes críticamente. ¿Cuál sería entonces la relación entre filosofía, traducción y América Latina?

M.V.: Hay, sin duda, una historia de transmisiones, de firmas y contrafirmas, que debe tomarse en cuenta al momento de examinar la relación entre filosofía y traducción en la escena filosófica nacional. Una historia condicionada geopolíticamente, organizada desde la traza de una cultura y lengua nacional. Esta historia es también la de un destino, la de una lengua materna excluida por definición del concierto de lenguas que reconoce como propias un humanismo filosófico universalista. ‘Heidegger’, en este sentido, el nombre propio de Heidegger, nombra acaso ese ‘pequeño destino’ (la corrección a Heidegger es de Oyarzun), ese malestar en una lengua considerada impropia, excluida de antemano de todo llamado o vocación filosófica. Pero, de igual modo, desde la segunda mitad del siglo pasado, ‘Heidegger’ es el nombre de un proceso de ‘modernización’ disciplinar de la filosofía en Chile, modernización tanto de sus prácticas de enseñanza, como del modo de ejercer la autoridad de su palabra. Esta modernización, que paradójicamente da lugar a una cierta internacionalización de la filosofía, a una especie de globalización asociada a exigencias técnicas afines a una cultura de la traducción, a un bilingüismo filosófico cosmopolita, termina por habilitar una relación de hostilidad de la institución filosófica con su historia, con todo aquello que se presenta ante la disciplina como exterior, extranjero o profano. La alfabetización lingüística así habilitada por la traducción da lugar a un analfabetismo histórico, a cierta ceguera o bloqueo de la práctica filosófica para con sus propias condiciones de producción o enunciación. ‘Heidegger’, por último, en el orden de las telecomunicaciones de la institución filosófica, es un nombre de guerra, la contraseña de un exterminio, de una guerra de confines, de una historia cifrada de muerte y destrucción. De algún modo, la lectura y traducción de Benjamin en Chile no puede sustraerse a la serie de sobrenombraciones que porta el sobrenombre y la historia del nombre propio de ‘Heidegger’, no puede desatender lo que se pone en juego en esa confrontación, en la caída que esa

guerra anticipa como catástrofe y devastación. No, a menos, en la historia de traducciones y comentarios que firman y contrafirman la lectura chilena de Benjamin. La pregunta por el sentido y límites de la traducción, pregunta que es el objeto del capítulo que mencionas, puede ser así traducida como una pregunta por los límites de la guerra en y entre las lenguas. Y más allá, leyendo la traducción como una operación de guerra (donde se cifran y descifran mensajes falsos y verdaderos, donde la traducción misma es objeto de un violento trabajo de traducción y retraducción sin fin), se puede advertir en el conjunto de reiteraciones a que da lugar la cuestión de la traducción una interrogación mayor sobre la guerra misma, sobre las mutaciones de las que es objeto, sobre aquello que la define como una operación de exterminio, como una guerra interna o externa, de alta o baja intensidad, civil o nacional. ¿Existe traducción única y exclusivamente entre las lenguas? ¿Es posible hablar de traducción intralingüística? Estas preguntas, la lectura de los problemas que ellas velan y desvelan a la vez, guían la confrontación de los nombres propios de Heidegger y Benjamin en el capítulo aludido. Capítulo que en lo fundamental se organiza como un comentario en torno a las *Vasijas quebradas*, de Andrés Claro. Libro monumental, pensado esencialmente como un libro cosmopolita, como un libro escrito fuera de casa sobre la traducción, y que no obstante, pareciera estar atrapado en ella, incapacitado de salir de casa, confinado en un saber de un no saber de los problemas que la traducción plantea a la filosofía en Chile, a la guerra que la traducción lleva a la puerta de esa casa que se tiene por propia. Las escenas que comentas, y que sirven de marco al análisis, aquellas de la publicación de *Sein und Zeit* y las que dan lugar a la propia elaboración traductiva del Heidegger de Víctor Farías, no solo tienen por objetivo activar una lectura de la historia de la filosofía centrada en las ‘escenas que le faltan’ (la expresión es de Patricio Marchant), en las ‘anécdotas’ que la constituyen (como lo sugiere, por lo demás, el mismo Oyarzun en *El dedo de Diógenes*), sino que buscan iluminar, de igual modo, a través de la propia confrontación de Heidegger y Benjamin, el marco que enmarca la lectura de Benjamin que se ensaya en *Las vasijas quebradas*.

R.R.F.: ‘Una historia condicionada geopolíticamente’ me recuerda al Borges que señala que Joyce pudo innovar en la literatura inglesa precisamente por no ser inglés. Ello implicaba, sigue Borges, practicar una irreverencia, una

libertad que un inglés no podía por constricción o quizá por una autoconstricción. Ahora bien, esto me hace pensar que quizá en el ámbito de la filosofía, que Borges leía como literatura, de una filosofía pensada o imaginada desde esto que aún llamamos ‘América Latina’ ha sido muy reverente, y la traducción podría ser un espacio para esa irreverencia, pero también para una ominosa fidelidad.

M.V.: Antes de abrírnos al juego de fidelidad e infidelidad al que parece invitarnos siempre la traducción, me gustaría detenerme en la remarca de tu pregunta, en aquella relación de colonialidad que despunta o se exhibe en una historia de la traducción condicionada geopolíticamente. Al menos, esa relación de colonialidad no se deja de interrogar silentemente en el libro, a propósito de la relación entrevista entre lengua e historia. La misma relación que la modernidad establece entre lengua, territorio y población, y que se entrevé en las nociones de lengua materna, cultura nacional e historia, se presenta ya sobredeterminada desde el mismo momento en que se busca aprehender la traducción en tanto política de la lengua. La relación de colonialidad se impone al análisis ya sea como diferencia colonial, colonialismo interno, o condición postcolonial. A propósito de estas cuestiones sería necesario dar vueltas y vueltas alrededor de esa querella amistosa en torno al bilingüismo que por momentos se deja leer entre Abdelkebir Khatibi y Jacques Derrida. Querella que a su modo Walter Mignolo busca continuar en *Historias locales / diseños globales*, evocando para ello, como suplemento, el nombre de Gloria Anzaldúa. A esa querella, a la enumeración de esos nombres, se puede agregar, entre nosotros, el de Andrés Ajens, quién ha sostenido con insistencia, entre escritura y poema, una política de la lengua que quizá habría que identificar con ese ‘amor bilenguajeante’ que Mignolo cree descubrir en escrituras como las de Arguedas o Anzaldúa. Precisar los contornos de esta querella, de una querella que se interroga por la propia posibilidad de un pensar entre dos lenguas, supone de algún modo superar la cuestión del monolingüismo, es decir, dar por terminada o resuelta la cuestión de la lengua materna. En mi caso, advierto la urgencia y necesidad de abordar cuanto antes estos debates, sin embargo no dejo de advertir al mismo tiempo que la cuestión del monolingüismo está lejos de estar resuelta. Me explico. Si bien desde el punto de vista de una historia del capital, de sus mutaciones y

transformaciones, cabría esperar cada vez más la generalización de prácticas lingüísticas bilingües o políglotas, si bien se podría describir como privativa del monolingüismo una relación de identidad entre lengua, territorio y población, propia a una historia de la soberanía y del Estado nación, no es del todo seguro que esas historias del capital de bilingüismos postmodernos y monolingüismos modernos se dejen estructurar sobre —o en— un corte puro con la lengua llamada materna, natural, viva o autóctona. La misma relación de colonialidad que da lugar a una estancia latinoamericana en la lengua, y que subyace a ese malestar en la lengua que refieren Marchant y Oyarzun, da noticia de una historia traumática, del legado imposible de una violencia inmemorial, en cuanto inscrita y no inscrita en la lengua castellana, en esa lengua impropia que recibimos como propia y que denominamos castellano latinoamericano. La melancolía sin fondo de la lengua, de que da testimonio la traducción, encuentra, sin duda, en estos motivos un lugar de determinación. Ahora bien, volviendo al juego de fidelidad e infidelidad a que nos invita la traducción, diría que este juego de velos y desvelos, de acercamientos y distancias, de proliferación de una práctica y una moral de compromisos, no debe hacernos olvidar aquella violencia inscrita en la lengua, inscrita en la lengua como lengua materna. El cuerpo a cuerpo con la madre, es aquí un cuerpo a cuerpo con la lengua del otro y propia, del otro en tanto propia. La invención, la ominosa fidelidad, el extrañamiento surge precisamente de ese cuerpo a cuerpo con el cuerpo con la lengua, como lengua materna. Traición *a priori*, qué sería una traición *a priori*, se pregunta Oyarzun comentando a Marchant. Esta pregunta, que es una pregunta de duelo, es la que subyace a ese juego de fidelidad e infidelidad a que invita la traducción.

R.R.F.: El capítulo titulado ‘Traiciones’ se encuentra atravesado por un vocablo que, a su vez, atraviesa prácticamente gran parte de tu trabajo: secreto. A él van asociados, por lo general, cripta, duelo y lágrima. La lectura de tus libros, sino de todos, de la mayoría o por lo menos de los últimos, la lectura, digo, a partir de estas claves, teje una red que afirma una lectura del presente, un presente signado por la catástrofe. Además de referirte a tu comprensión de ‘nuestro’ tiempo, ¿podrías extenderte sobre el trabajo que has vendido tejiendo a partir de esos términos?

M.V.: Siempre es posible encontrar insistencias, trabajar sobre ellas. En mi caso, diría que ese deambular, que esa demora, es un modo de leer el presente, de leer en el presente. Que esa lectura este signada por la catástrofe, por una experiencia histórica que aún parece determinar cada uno de nuestros actos, es índice de la urgencia que la determina. Que se organice, además, sobre un archivo de textos y nombres que no hacen más que remarcar estas insistencias, es signo a su vez de una orientación de lectura, de una preocupación por la historia, por las palabras que balizan una determinada experiencia histórica. Ahora bien, estos vocablos, estos nombres, se encuentran inscritos en esa misma historia que se busca interrogar con insistencia. La Historia con mayúscula se descompone en historias de lágrimas, de secretos, de traiciones, de criptas, de duelos imposibles. Se diría que es solo a partir de estas otras historias, de estas otras filiaciones, que se puede arrojar alguna luz sobre esa historia con mayúscula que aún se busca rehabilitar con desesperación aquí y allá. Si como dice François Hartog, ya no creemos en la Historia, si la Historia pertenece a un régimen de temporalidad que ya no es el nuestro, esta otra experiencia de la temporalidad que marca nuestro presente únicamente puede ser aprehendida a partir de términos balizas como los señalados. Términos que dan a ver una memoria de la tela, de la voz, del oído, de la mirada, del tacto. Términos que trazan una cierta historia en la literatura, las artes visuales, la filosofía, la crítica cultural. Desde *Posthistoria* (2005) a *Traiciones de Walter Benjamin* (2015) he intentado aprehender la memoria de ese fin, el movimiento básico que define la estratagema de ese apocalipsis de la historia. Es más, diría que solo he buscado transmitir algo que me es dictado por ese archivo, que me es dictado para el presente como catástrofe de la historia.

R.R.F.: Pasado por alto los otros capítulos, quisiera ahora preguntarte por el tipo de trabajo, de escritura/lectura, que has realizado. Ello porque *Traiciones*, siendo en parte (y aquí está el engaño, la traición al lector o su sorpresa) una pequeña historia (*story*) de la historia (*history*) de la traducción y comentario de cierto pasaje de ‘La tarea del traductor’, tu libro se distancia radicalmente de una idea de ‘recepción’. ¿Qué críticas le harías a este tipo de trabajos, tan de moda aún en el mundo universitario, chileno y no chileno, y sobre todo en el formato de historia de las ideas?

M.V.: En principio, y advirtiendo que una crítica detenida de la historia de las ideas y de los modelos analíticos dominantes hoy en ella demandaría un espacio y atención que aquí no tenemos, diría que básicamente se pueden observar dos limitaciones principales en este tipo de estudios. La primera, y principal, es no advertir la complejidad de los fenómenos de que buscan dar cuenta, el no advertir que los modelos topológicos que organizan su quehacer se organizan sobre grandes compromisos ideológicos que rara vez son objeto de examen. Las mismas distinciones entre interior y exterior, entre lo propio y lo extranjero, entre centro y periferia, entre actividad y pasividad, se presentan al análisis como evidencias a partir de las cuales se levanta una superestructura conceptual y retórica de amplios alcances. La segunda limitación tiene que ver con cierta ceguera ante lo singular, ante las escenas que puntúan la historia, que la dan a leer como síntoma y caída. Esta dimensión acontecimental es generalmente desatendida en los modelos narrativos de la recepción, modelos demasiado centrados en historias de viajes, en movimientos que pueden reconocerse siempre a un lado y otro del camino, que tienen siempre un origen y un destino, un tipo de direccionalidad única, un cierto sentido del tiempo, de su transcurrir, y finalmente del modo en que deben contarse las historias. Atento lector de Kafka, ya Jorge Luis Borges nos advirtió tempranamente cómo este tipo de historias falla al momento de inventar o contar precursores.

R.R.F: Vayamos ahora a la ‘Advertencia’, ‘alejada’ de la provocación, aunque tal insistencia pareciera no restarnos sino sumarnos a ella. Lo digo porque *Traiciones* es un pequeño libro que pone en discusión cuestiones centrales de la filosofía y la literatura, a la vez que se distancia rotundamente de algunos trabajos realizados en la misma línea, como el monumental libro de Andrés Claro *Las vasijas quebradas*. ¿Cómo surge tu interés por lo que has llamado “esta pequeña historia”, una historia, por lo demás, concentrada en un autor que hoy parece fundamental para la escena crítica chilena (y no solo chilena)?

M.V.: Pienso que la lectura de Benjamin entre nosotros aún está abierta, no solo por el interés que siguen suscitando sus escritos, sino por el modo puntual o micrológico en que suele traducirse ese interés. De igual modo, ese interés no se reduce exclusivamente al ámbito de la filosofía, la literatura o las artes visuales. Diría que en tanto insistencia ese interés es siempre señal de

otra cosa, zona de temblor en que se reúnen y confunden operaciones de lectura diversa, esfuerzos de desciframiento de una temporalidad vivida en suspenso, interrumpida en la dialéctica de su devenir. Sin duda, hay más de un Benjamin en estas lecturas, hay más de un efecto Benjamin en la filosofía, las artes visuales, la literatura. *Traiciones de Walter Benjamin* es una pequeña historia de traducción, una historia del trabajo de traducción en tiempos oscuros, en tiempos de catástrofe. Dando un giro a una expresión utilizada por Eugenio Dittborn en la conversación que sostuvo con Enrique Lihn a propósito de la exposición *Final de pista* (1977), diría que las traducciones y comentarios de 'La tarea del traductor' de Walter Benjamin son una especie de fotocopia que me permiten ver lo que hay de cosa quemada, arrasada, devastada en el texto de Benjamin. Esta devastación, esta especie de muerte del texto en la experiencia de la traducción, nombra la destrucción ecológica de una lengua e historia. Fotocopia de una fotografía, las traducciones y comentarios de Benjamin nos hacen ver en esa devastación las ruinas de una lengua e historia reveladas en ese ejercicio de paso, de tránsito o traslación. En ese movimiento, en el tránsito a que da lugar ese movimiento, las palabras se vuelven extrañas, ominosas, infamiliares. Así, si bien hay más de un efecto Benjamin circulando entre lecturas, comentarios y traducciones, diría que ese efecto Benjamin está siempre sobredeterminado por una determinada experiencia de la temporalidad. Experiencia fuera y dentro de la historia que cabe llamar espectral, suspensiva, y que hace de las palabras fotocopias de fotocopias, sombras de sombras, testigos mudos de una devastación, de una catástrofe de lengua e historia. Dominado por esta sensación, por esta extrañeza si quieres, por una extrañeza nacida de la propia lectura de las traducciones de Benjamin (principalmente las de Murena y Oyarzun), es que advertí un diferendo en la lengua castellana entre supervivencia y sobrevivencia. Advertencia de un diferendo sincategoremático que se da a leer como signo de historia.